

# TRATAMIENTOS EN EL DESIERTO

Orville Swindoll

Hace años recibí una invitación a la ciudad de Antofagasta en el norte de Chile. Cuando llegué en avión a la ciudad capital de Santiago me esperaron unos buenos amigos que me condujeron en automóvil hasta Antofagasta. El viaje nos llevó la mayor parte de dos días enteros. Casi todo el viaje fue una travesía del gran desierto de Atacama. Nunca había visto un desierto igual. Por largas horas no vimos una sola hoja verde, ni un cactus ... solo arena y piedras. No cae lluvia allí, ni hay rocío; todo es árido, seco, inhóspito.

La ciudad de Antofagasta está en la costa pero las condiciones climáticas son propias del desierto. Los dueños de las pocas casas que gozaban de un mínimo de césped habían tenido que traer tierra negra en camión desde el sur del país para poder plantar la grama. Muchos no se preocuparon de arreglar agujeros o grietas en el techo, pues cada tres años solía llover tres gotas y, por lo tanto, no valía la pena gastar plata en arreglos de techos.

¿Quién no ha oído a algún cristiano mencionar que se siente en medio de un desierto espiritual? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué podemos aprender del desierto?

Cuando Israel salió de siglos de esclavitud en Egipto, tuvo que pasar por el vasto desierto de Sinaí antes de llegar a la tierra prometida. Podría haber entrado a esa tierra de promisión apenas dos años después de su liberación de Egipto, pero debido a su rebelión y su incredulidad tuvo que pasar un total de cuarenta años en el desierto. Era el tiempo que requería para que muriera toda la generación de adultos liberados de la esclavitud y que surgiera una nueva generación que tomaría la tierra que Dios había prometido a Abraham.

De esa experiencia de peregrinación en el desierto durante cuatro décadas los israelitas aprendieron muchas lecciones acerca del carácter y el propósito de Dios. El Señor que los liberó con brazo fuerte de las garras de sus amos egipcios era el mismo que los sostuvo y los protegió del tiempo hostil y de los peligros del desierto. En realidad, la personalidad del pueblo de Dios se forjó en el desierto. Los rigores de la vida en el desierto producen un pueblo sufrido, curtido, resistente

y paciente. Sin alguna experiencia del desierto en la vida solemos volvernos cómodos, indiferentes a otros y sin la disposición de exigirnos mucho.

Cuando Dios condujo a su pueblo por el desierto en la antigüedad, tenía un soberano propósito. Quería enseñarles a confiar y depender de él solamente. Escuchemos las palabras de Moisés en Deuteronomio 2:7, al recordar a Israel del cuidado del Señor:

*«Bien saben que el SEÑOR su Dios los ha bendecido en todo lo que han emprendido, y los ha cuidado por todo este inmenso desierto. Durante estos cuarenta años, el SEÑOR su Dios ha estado con ustedes y no les ha faltado nada.»*

Una de las primeras sensaciones que uno tiene al encontrarse en el desierto es la falta de recursos. La soledad le envuelve como un manto. Pero en la soledad podemos escuchar mejor la voz de Dios. El Señor usa el desierto para afinar nuestro oído interior, a fin de que podamos percibir su gran fidelidad y su soberano propósito.

Siglos después, cuando el salmista Asaf recordó el propósito benévolo de Dios en el desierto, dijo lo siguiente en el Salmo 78:52–53:

*«A su pueblo lo guió como a un rebaño;  
los llevó por el desierto, como a ovejas,  
infundiéndoles confianza para que no temieran.  
Pero a sus enemigos se los tragó el mar.»*

Pero hay otras cosas que podemos aprender del desierto. En Isaías 40:3 encontramos una profecía acerca de la tarea de Juan el Bautista:

*«Una voz proclama:  
“Preparen en el desierto un camino para el SEÑOR;  
enderecen en la estepa un sendero para nuestro Dios.”»*

La voz profética surge del desierto y el camino para el Señor se prepara en el desierto. Evidentemente, el desierto tiene un significado importante en el desarrollo del plan de Dios para nuestras vidas.

Allí también por el desierto tuvo que pasar Jesús, tal como nos recuerda Mateo 4:1–2:

*«Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo lo sometiera a*

*tentación. Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.»*

Aun nuestro Señor no quedó exento de una experiencia del desierto. Y Lucas 4:14 afirma que Jesús salió victorioso de esa experiencia:

*«Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu, y se extendió su fama por toda aquella región.»*

Estos textos implican que Dios tiene un propósito que realizar en nosotros que solo se efectúa en el desierto. Si solo pensamos en lo árido, lo difícil, lo inhóspito del desierto, perderemos de vista algo que Dios quiere forjar en nuestro carácter que dará solidez y firmeza a nuestra fe y que servirá para fundamentar nuestra confianza en Dios en cualquier situación.

Cuando nos encontramos en medio de una experiencia desértica, preguntemos: ¿Qué podemos aprender de esta experiencia difícil e ingrata? ¿Qué quiere Dios hacer en mi vida para hacerme más consciente de mi necesidad de él y de su gran fidelidad? ¿De qué manera puedo afinar mejor mi oído para escuchar la voz de Dios?

Dios quiere que ***preparemos en el desierto un camino para el Señor; que enderecemos en la estepa un sendero para nuestro Dios.***

No todo será fácil, pero aun lo difícil puede ser provechoso.